

GONZALO M. BORRÁS GUALIS (VALDEALGORFA, 1940-ZARAGOZA, 2019)



Me resulta doloroso y difícil referir en pocas palabras la personalidad y la trayectoria profesionales de Gonzalo M. Borrás Gualis, ambas presididas por su larga y fructífera andadura de profesor universitario que acababa, en el momento de su fallecimiento el pasado mes de febrero, como catedrático emérito de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Doloroso porque su muerte supuso para mí la pérdida de un maestro en el sentido más noble del término, así reconocido por innumerables integrantes de varias generaciones de historiadores del arte en Aragón y en España, de un generoso compañero, siempre atento a ayudar a quienes tuvieron la fortuna de trabajar a su lado, y, sobre todo, de un entrañable amigo, que supo disfrutar de cuanto le deparó esta vida y hacer disfrutar a quienes le rodearon. Y difícil tanto por la dimensión de su figura científica, engrandecida mediante su incesante contribución al desarrollo de la historia del arte en el último medio siglo en nuestro país, cuanto por su espléndida aportación cultural al servicio de la sociedad.

Máximo exponente en el estudio del arte mudéjar, sobre el que ya versó su tesis doctoral y al que dedicó sus mayores desvelos, también proyectó su curiosidad intelectual en la investigación de muy

diversos campos, desde el arte islámico al contemporáneo, pasando por la figura universal de Francisco de Goya. Todo ello acreditado por un cuantioso legado en forma de publicaciones, dirección de proyectos de investigación y promoción de encuentros científicos, bien conocido por los especialistas y que hoy, en plena era de la información, está al alcance de todos.

Tan importante como su contribución al avance del conocimiento histórico en tantos y tan variados territorios artísticos fue su interés por difundirlo más allá del estrecho círculo de los expertos, desplegando una encomiable tarea de la que son fruto un puñado de diccionarios, manuales y demás trabajos de divulgación científica destinados a los estudiantes de historia del arte o a los meros interesados en la materia. Labor, esta última, provista de las mismas virtudes que siempre engalanaron su quehacer docente, reconocidas por sus incontables alumnos y de las que siempre hizo gala durante su larga vida como profesor universitario: una amplísima cultura humanística, una proverbial capacidad de síntesis y una envidiable sabiduría para discernir lo esencial de lo secundario, lo que hacía de sus clases teóricas y prácticas auténticas obras maestras de la comunicación.

Pero, fuera de estas y otras aportaciones semejantes, quisiera subrayar uno de los rasgos más significativos de la actitud intelectual del profesor Borrás, ya en cierto modo sugerido en las líneas precedentes. Y es que fue un hombre a la vez comprometido con su oficio y con su tiempo, pues no concebía la historia del arte como un saber autónomo y encastillado, terreno exclusivo de iniciados y refractario a desempeñar un auténtico papel social. Al contrario, la entendía como una disciplina abierta y en permanente construcción, sujeta a una inexcusable reflexión autocrítica, y eminentemente operativa, capaz de contribuir tanto a explicar el pasado, a partir de su concepción de la obra de arte como hecho histórico y como documento plástico imprescindible para desentrañarlo, cuanto de ser útil a la sociedad actual. De ahí que buena parte de su quehacer profesional lo presidieran estos anhelos, proclamando para la historia del arte la necesidad de su continua puesta al día, tanto teórica como metodológica, y defendiendo su cometido esencial para el desarrollo social, este vinculado al moderno concepto de patrimonio cultural.

Impagables, en este último sentido, son sus numerosas y cabales reflexiones acerca del qué y para qué de la historia del arte, de la naturaleza y fines de esta disciplina, que constituyen un magnífico regalo fruto de su generosidad intelectual tanto como de su interés por el avance del conocimiento histórico-artístico. De igual modo que lo son sus no menos numerosas iniciativas para contrastar personalmente dichas reflexiones con los profesores de bachillerato y demás colegas de profesión, destacando en este sentido su labor como armonizador de la materia en las pruebas de acceso a la Universidad de Zaragoza o los cursos sobre didáctica de la historia del arte que dirigió, once en total celebrados en Teruel y en Ávila e integrados en los programas de sus respectivas universidades de verano. Por no hablar de su colaboración desde su arranque hace casi dos décadas con la Universidad de la Experiencia de Zaragoza, compartiendo la suya con la de los alumnos mayores. Todo ello fruto de su empeño por hacer llegar a los estudiantes aragoneses y españoles de toda edad y condición, directamente o por medio de sus profesores, una historia del arte moderna y, sobre todo, educativa y socialmente útil. También fue impulsor del CEAR y miembro de su Consejo Científico desde su fundación.

Por lo demás, hay un tercer compromiso del profesor Borrás que es menester resaltar, puesto que define con mayor nitidez su trayectoria profesional y vital: aquél que, sujeto como los anteriores a su lúcida actitud crítica, mantuvo permanentemente con su tierra. Esto explica su interés por el estudio del arte aragonés, que cultivó personalmente e impulsó en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, con el propósito, reiteradamente proclamado por él mismo, de colocarlo en el mapa del arte español e internacional. De igual modo que explica su actividad política, primero en busca y luego en el seno de un Aragón democrático, tanto como su inteligente y tenaz labor institucional en el ámbito cultural aragonés.

Gracias profesor, gracias maestro, compañero y amigo, por tan fiel compromiso con tu oficio, con tu tiempo y con tu tierra, que a tantos ayudó a ser más curiosos, más críticos y, con ello, más libres.

Ernesto Arce Oliva

Universidad de Zaragoza